

verdad; las artes y la filosofía no se propagan más que entre un número reducido de personas; la gran masa, el vulgo de la nobleza, siguen siendo como los ha hecho la naturaleza, animales mal intencionados.» «La especie humana, dice en otra parte el rey filósofo, cuando se la abandona á sí misma, es brutal, feroz y bárbara..... Este es el verdadero mal que produce la guerra. Echa á perder las costumbres, y vuelve al hombre al estado salvaje, dando rienda suelta á sus pasiones brutales» (1).

Lo que dice Federico de la influencia desmoralizadora de la guerra es profundamente verdadero. Pero ¿no hay exageración al acusar á los hombres de barbarie irremediable? Creemos poder responder que el rey filósofo calumnia á la naturaleza humana.

La filosofía del siglo XVIII presentaba la singularidad y la contradicción de que, á la vez que ensalzaba á la humanidad, rebajaba al hombre. Cuando se separa al hombre de Dios, no es más que una pobre, miserable criatura. Esto es lo que hicieron los filósofos materialistas; no vieron en él mas que la materia, y despreciaron este puñado de barro. Nosotros rechazamos esta filosofía, y con la historia en la mano nos es fácil probar que, si el hombre es imperfecto, no está condenado á vivir eternamente la vida de los animales. Hemos tenido en nuestro siglo grandes guerras, no han faltado pasiones. Sin embargo, no se han oído las quejas que á cada momento repite Federico sobre la barbarie de la especie humana. ¿Porqué fueron más crueles las guerras del siglo XVIII? Hay una causa de que no habla Federico: aunque filósofo á la manera de Voltaire, sigue siendo rey; le gusta más quejarse del pueblo, de las masas, que de los príncipes y de los generales. Si fijamos la atención, veremos que las emperatrices son más culpables que las tribus bárbaras que lanzaban contra el rey de Prusia.

Esta acusación no es nuestra. Un escritor italiano ha sido el primero que ha dicho que María Teresa contribuyó más que ninguno de los soberanos de su tiempo á dar á las guerras del siglo XVIII un carácter atroz. Era vengativa, dice *Sismondi*, y en su resentimiento nunca calculó lo que su venganza había de costar á

(1) Cartas á Voltaire y á d'Argens (*Obras*, t. XXIII, p. 35; t. XIX, p. 131).

la humanidad (1). Contemplemos un momento á los Austriacos en Genova, y veremos si es demasiado severo este juicio. María Teresa obligó á los Genoveses á declararse enemigos suyos, quitándoles á Fiesola, que su padre les había vendido, y amenazándolos con venderlos al rey de Cerdeña. Cuando se apoderó de Génova por capitulación, trató á los habitantes, no como vencidos, «sino como culpables, como seres dañinos no pertenecientes á la raza humana y que es lícito extirpar.» El marqués de Botta les dijo que no les dejaría mas que los ojos para llorar. Un ministro francés dice: «Los Austriacos sobresalen en la baja y útil cualidad de perseguir hasta el último extremo á sus enemigos vencidos.» D'Argenson tiene razón al calificar de bajeza aquel abuso de la fuerza: ¿qué eran los Genoveses en comparación del poder austriaco? El marqués de Botta cumplió su palabra. Cada vez que anunciaba á los desgraciados Genoveses alguna nueva extorsión, repetía sus amenazas; en caso de negativa, el pillaje, el incendio y la matanza. «Mi corazón es demasiado sensible, añadía, para presenciar esta última escena, y si me veo precisado á dar orden de degollar á todo el mundo, me retiraré con mis oficiales; los soldados por sí solos sabrán ejecutarla.» ¡Admiremos la humanidad austriaca! Por esta vez su política brutal no fué tan útil como dice D'Argenson. Un día unos soldados quisieron obligar á la gente que pasaba á tirar de un mortero; una lluvia de piedras fué la señal de la insurrección. Durante cinco días, el pueblo, abandonado á sí mismo, porque los nobles tuvieron cuidado de encerrarse en sus palacios, se batió en las calles. El marqués de Botta se vió obligado á huir, dejando cinco mil muertos (2).

Sin duda Federico II pensaba en esta manera austriaca de tratar á los vencidos cuando escribía: «La guerra presente se distingue de todas las demás por un cierto encarnizamiento terco y atroz que caracteriza á nuestros modernos políticos» (3). El rey historiador refiere algunos rasgos en los cuales veremos figurar á la emperatriz, aunque no para honra suya. A pesar de lo conve-

(1) SISMONDI, *Historia de los Franceses*, t. XVI, p. 471.

(2) BOTTA, *Storia d'Italia*, lib. LXV. — MARTIN, *Historia de Francia*, t. XV, p. 299 y sig.

(3) Carta de la duquesa de Sajonia-Gotha, de 1760. (*Obras*, t. XVIII, p. 189.)

nido entre Prusia y Austria, la corte de Viena se negó obstinadamente al canjeo de prisioneros. Además el gobierno pagaba mal á los oficiales, así como á los soldados, y obligaba á éstos, por el rigor con que los trataba, á entrar á servir en las tropas austriacas. Por fin los generales prusianos se quejaron al general Loudon. «Parece, decían, que los Austriacos renuncian á los usos observados por los cristianos en sus guerras, y que adoptan los principios de los infieles, los cuales tratan á los prisioneros como esclavos y no admiten rescate.» Loudon respondió: «que la emperatriz se creía dispensada de cumplir sus compromisos con el rey de Prusia, que no había que pensar en el convenio, que no le cumpliría su palabra en nada y que haría de los prisioneros lo que tuviese por conveniente.» El general austriaco, avergonzado de lo que le hacían escribir, añadió de su mano al final de la carta «que esperaba que por el estilo se conocería que aquel escrito no había salido de su pluma.» ¡Hé aquí la pasión de la venganza en toda su pequeñez! Federico II añade esta observación: «Cualquiera que fuese el odio de la emperatriz contra el rey de Prusia, ¿no debía conocer que al faltar á quien quiera que fuese en el cumplimiento de su palabra, á nadie perjudicaba más que á sí misma?» (1).

Federico II refiere otro hecho que prueba que había realmente en Viena un sistema preconcebido de faltar á la observancia del derecho admitido entre las naciones. Lo citaremos para que no se diga que atacamos de ligero á una princesa, cuya memoria es aún hoy grata á los habitantes de la Bélgica; pero si María Teresa ha dejado tan buen recuerdo, lo debe á las medidas imprudentes de su hijo. En cuanto á ella, no había peligro de que se dejase arrastrar más allá de lo que se proponía por las aspiraciones generosas que extraviaron á José II. El rey de Prusia dejó en libertad á los oficiales sajones bajo palabra de no volver á hacer armas contra él. ¿Qué hicieron María Teresa y Luis XIV? Los absolvieron de aquel compromiso de honor, y muchos, dice Federico, fueron bastante canallas para obedecerles. «La historia, añade, no presen-

(1) FEDERICO II, *Historia de la guerra de los Siete años*, c. 14. (Obras, t. VI, p. 130.)

ta otro ejemplo de semejante falta de fe. En siglos de ignorancia se encuentran papas que absolvían á los pueblos del juramento de fidelidad que habían prestado á sus soberanos; se encuentra un cardenal, Julian Cesarini, que obliga á un Ladislao, rey de Hungría, á violar la paz que había jurado á Soliman. Este crimen, que autoriza el perjurio, había sido peculiar de algunos pontífices ambiciosos é implacables, pero nunca de los reyes, en los cuales debería encontrarse la buena fe, si algún día se perdiera en toda la tierra» (1).

El último rasgo es característico. Ningun poder humano puede dispensar del cumplimiento de una palabra de honor. Sin embargo, ¡una emperatriz y un rey, ambos muy adictos á la religión católica, dispensan á los oficiales de una promesa que no ha violado nunca un hombre de bien! ¡De suerte que los reyes pueden convertir la infamia en honor y el honor en infamia! Es decir, que pueden todo lo que conviene á su interés, y que es una inocentada hablar del derecho de gentes donde domina el poder real. El que ha dicho que si el honor se perdiera en toda la tierra, debería encontrarse en los reyes, ha hecho una sátira cruel de la política real. Federico II nos dará una nueva prueba. Aquel mismo rey, que tanto encomiaba el respeto de las promesas, faltaba á él siempre que se le presentaba ocasión. En nuestra opinión es más culpable que María Teresa. La emperatriz no había escrito una refutación de Maquiavelo; sus ideas eran tan cortas como su talento. Con Federico tenemos el derecho de ser exigentes.

§ II. La diplomacia.

I.

Diderot termina un artículo sobre el maquiavelismo con estas palabras: «He oído decir que, interrogado un filósofo por un gran

(1) FEDERICO II, *Historia de la guerra de los Siete años*, c. 4. (Obras, t. IV, p. 15.)